



Antígona, renombrada

Marina Azahua

Cruces en memoria de las mujeres asesinadas el 16 de enero de 2009 en Ciudad Juárez.
(Fotografía: Richard Ellis / Getty Images)

EL PUEBLO LENGUA, EN PARAGUAY, temía que la muerte, al llevarse a uno de sus seres queridos, de paso hiciera una lista de los vivos para seleccionar a su siguiente víctima. Ante la amenaza, cada uno de los sobrevivientes del grupo se cambiaba el nombre cada vez que alguien moría, esperando que, cuando la muerte volviera buscándolos por su viejo nombre, no pudiera encontrarlos. Los Lengua callaban el nombre de los vivos a causa del miedo. En México se calla el nombre de los muertos a causa del miedo. Aquí nombrar al asesinado o al desaparecido puede resultar un atentado contra el instinto de supervivencia. Denunciar la desaparición de un familiar es invitar a la amenaza, al reino de la impunidad, es abrirle la puerta a la frustración. Antígona González lo sabe bien. Pero insiste en nombrar. Es de las que no callan. Sara Uribe, autora, intérprete, apropiadora y creadora de *Antígona González*, poemario publicado por la editorial oaxaqueña Sur+ en 2012, es una de estas personas. Sandra Muñoz, la actriz y teatrera para quien Sara escribió este texto, con la intención original de ser montado en escena, es una de ellas. Antígona González, personaje principal del poemario, quien es Sara, y es Sandra, y muchas otras voces, es una de ellas también. Hay quienes se aferran a la palabra.

Nombrar a los desaparecidos

Ayer era domingo. Ayer salí a pasear. Y encontré rostros tendidos sobre la plancha del zócalo. Veían el cielo, observaban la bandera mexicana bambolearse en el viento. Los rostros eran fotos de hombres, mujeres y niños que han desaparecido durante los últimos años en México. Un señor hablaba por un altavoz, decía que los de las fotos antes habían estado con nosotros, y ya no. Pero sus palabras se perdían entre el sonsonete dominguero, entre los vendedores y organilleros, entre pistas de hielo gigantes. De haber estado conmigo en el zócalo, Antígona González se hubiera unido al grupo de familiares que denunciaban la desaparición de sus seres queridos, y hubiera dicho, *Me llamo Antígona González y busco entre los muertos el cadáver de mi hermano*. Hubiera preguntado: *¿Es esto lo que queda de los nuestros?* ¿Un largo mosaico de cartulinas con fotos, fechas, medidas, sitios de extracción? Quizá estando ahí, Antígona hubiera recibido una de las tarjetas que una señora repartía.

Como Antígona no la recibió, me tocó a mí quedarme la foto de una chica de 22 años, de 1.60 de estatura, de tez morena clara, cabello lacio negro, con una cicatriz en el vientre. Una chica guapa, que aparece en la foto con aretes enormes y cabello hasta la cintura, una chica que un día ya no volvió a casa. Nació el 24 de mayo de 1988, casi exactamente cinco años después de que yo naciera. El año pasado, seis días después de su cumpleaños, desapareció en Atizapán, Estado de México. Del otro lado de la tarjeta vienen datos de contacto con teléfono, celular, y correo electrónico. Uno imagina que son los datos de la madre de la chica, a quien uno deberá contactar en caso de tener información. En la tarjeta está impreso el logotipo de la Procuraduría General de la República. De forma inaudita, el nombre de la chica desaparecida no viene mencionado en la tarjeta. Ojalá alguien lo mencione en el altavoz. Ojalá. Son tantos los desaparecidos que sus nombres se pierden rápidamente en el barullo de la vida. Son tantos que se esfuman, veloces, sobre la plancha.

Teresa Margolles, artista plástica sinaloense, tiene su propia "Plancha". La obra que lleva ese nombre consiste en la disposición de varias placas de metal calientes. Desde el techo gotea agua obtenida en una morgue en la ciudad de México. Al caer cada gota sobre cada plancha metálica, se emite un sonido ínfimo. Mínimo. Se evapora el agua al tocar la superficie de metal. Se esfuma. Como la gota. *Yo también estoy desapareciendo, Tadeo*, le dice Antígona González a su hermano desaparecido, al que busca en el mundo y mediante la palabra. *Todos aquí iremos desapareciendo si nadie nos busca, si nadie nos nombra. Todos aquí iremos desapareciendo si nos quedamos inermes sólo viéndonos entre nosotros, viendo cómo desaparecemos uno a uno*. Las gotas de la "Plancha" son la enunciación que se nombra y se pierde luego, igual que los cuerpos. Son los muertos sin nombre que nunca serán reclamados. Acumuladas, las gotas van dejando una pátina indeleble, un óxido imborrable. En entrevista, Margolles afirma que "cada gota que cae sobre la plancha es [uno de] esos cuerpos asesinados, esa familia que se nos fue, ese amigo que fue asesinado. Suenan como balazos, cada sonido es seco. Pac, Pac. Pac. Y el vapor que sale del calor es ese puto dolor. El dolor y, además, esa huella que queda en la plancha,

porque jamás se va a olvidar un solo asesinado de los 60 mil, de los 100 mil. Porque ¿cuándo empezamos a contar a los asesinados?” Parecería un acto inútil esto de nombrar muertos cuando son tantos, pero no queda más que confiar en la ínfima huella que queda tras cada enunciación. El valor del acto, de la palabra de Antígona que clama por Tadeo cae como otra gota. A Antígona lo que le gana es el miedo al olvido, y le dice a su hermano: *por eso te pienso todos los días, porque a veces creo que si te olvido, un solo día bastará para que te desvanezcas*. Su esfuerzo quizá no radica en la permanencia, sino en la enunciación misma.

La fuerza de *Antígona González* —como personaje, como poemario— radica en el gesto ínfimo pero potente del nombramiento de lo perdido. Igual que las palabras emitidas alrededor de las fotos sobre la plancha del zócalo, igual que cada gota de la plancha de Teresa Margolles, la Antígona de Sara se vuelca sobre la infinita labor de la enunciación del vacío. Le dice a Tadeo, al hermano desaparecido que un día se subió a un camión rumbo a la frontera y nunca más apareció: *Sé que nunca te gustó que no desayunara, pero desde que ya no estás no hay nadie que me regañe por no hacerlo. Así que me voy con el estómago vacío al trabajo y mientras conduzco pienso en todos los huecos, en todas las ausencias que nadie nota y están ahí*. Antígona es maestra, y llega finalmente a su salón, a pasar lista, a enumerar. A realizar el ritual de todos los días: *Fulanito de tal. Presente. Fulanito de tal. Presente. Fulanito de tal presente. El ritual de las jaculatorias. Tadeo González. Ausente. Tadeo González. Ausente*. La particularidad de los desaparecidos es que habitan ese extraño lugar entre la vida y la muerte, como lo llama Antígona. Su angustia durante la espera resume la ansiedad de quien añora el consuelo de la peor noticia: *lo más cercano a la felicidad para mí a estas alturas, hermanito, sería que mañana me llamaran para decirme que tu cuerpo apareció*.

Nombrar a los muertos

¿Qué cosa es el cuerpo cuando está perdido?, pregunta Antígona. ¿Qué cosa es el cuerpo cuando lo encuentran?, pregunto yo. Siete días conté muertos. Sara lo hizo también. Y una mujer inauditamente llamada Antígona González en la vida real también lo hizo. Seguimos las instrucciones para contar muertos del proyecto *Menos Días Aquí*.

Uno: Las fechas, como los nombres, son lo más importante. El nombre por encima del calibre de las balas. Dos: Sentarse frente a un monitor. Buscar la nota roja de todos los periódicos en línea. Mantener la memoria de quienes han muerto. Tres: Contar inocentes y culpables.

Siete días conté, y al principio no dolía tanto. Pero para el cuarto día sentí que jalaba el peso de todos los cadáveres que había contado, muchos, demasiados, taxistas acapulqueños degollados. Siete días me tardé en medir el peso exacto de la enunciación de cada nombre, de cada cuerpo cuando no había nombre. Siete días para entender el doble filo de la enumeración.



▲
Lugar donde fue hallado el cadáver de una mujer en el suroeste de Ciudad Juárez.
(Fotografía: Joe Raedle / Getty Images)



Siete días en los que uno aprende la diferencia entre un baleado y un ejecutado. El baleado está vivo. El ejecutado muerto. Siete días para preguntarme qué sucederá con esos baleados que mueren después y, por morir en un hospital y no en la calle, ya no salen en la noticia y ya nadie los cuenta. Siete días para entender la tristeza que puede residir en el par de boletos de circo que encontraron en su mochila. Era un joven, traía latas de pintura en aerosol y también dos boletos para el circo. Lo encontraron baleado afuera de una pozolería en Xochitepec, Morelos, el 16 de noviembre. De entre todos los muertos que conté, él me pareció el más devastador. Pasé días pensando en que nunca pudo ir al circo. Pasé días preguntándome a quién

habría querido invitar con ese segundo boleto, a su novia, a un hermano pequeño, a su abuela... Pasé días preguntándome si cuando se escribe sobre muertos, debe uno hablar en presente o en pasado. ¿Fue de tez morena o blanca, o todavía lo es? ¿Uno seguirá *siendo* en esa segunda existencia que es la vida del cadáver? *¿Qué cosa es el cuerpo cuando alguien lo desprovee de nombre, de historia, de apellido?*, pregunta Antígona. *¿Cómo reclamarte, Tadeo, si aquí los cuerpos son sólo escombros? La absurda, la extenuante, la impostergable labor de desenterrar un cuerpo para volver a enterrarlo.*

Tras nombrar a los muertos, tendríamos que renombrar el mundo. El pueblo Mbayá, de Paraguay, también cambiaba el nombre a todos los miembros de

la tribu cuando alguien moría, igual que los Lengua, pero ellos iban un paso más allá. Si el nombre de un muerto se asemejaba a la palabra usada para designar “piedra”, entonces las piedras tenían que ser llamadas con otro nombre a partir de la muerte. El lenguaje estaba obligado a cambiar con el fin de cada vida. De esta forma, quedaba sobre el lenguaje mismo una marca indeleble de la pérdida de un miembro de la comunidad. Quizá en México deberíamos implementar la regla de cambiarle de nombre a todas las cosas cada vez que una persona fuera asesinada. Quizás cambiarle el nombre a cien mil ciudades o a cien mil niños aseguraría que recordáramos el costo humano de las decisiones políticas más necias. Tal vez así nos costaría lingüísticamente cada muerte a todos. Si cada vez que quisiéramos decir “frijol” tuviéramos todos que cambiar a “flor”, entonces quizás lograríamos enfocar nuestra atención a todas esas otras flores que llenan el camposanto público de la memoria acallada.

Tendríamos que recordar a:

- *Olivia Flores Porta, de 56 años, muerta en Iztapalapa el 13 de diciembre de 2012 tras ser alcanzada por una bala que entró por el pecho y salió por un pulmón, mientras hacía la compra en el tianguis.*
- *Ángel Rosales Flores, de 20 años, baleado en Acapulco el 10 de diciembre de 2012 por uno o varios sujetos armados que le dispararon para luego darse a la fuga.*
- *Abraham Meza Flores, de 48 años de edad, asesinado con arma de fuego el 3 de diciembre de 2012 en Culiacán en las inmediaciones de la Central de Autobuses.*
- *Sergio Flores Salazar, de 41 años de edad, policía de profesión baleado en su patrulla junto con su compañero en Tlajomulco, Jalisco.*
- *Édgar Flores Martínez, taxista de profesión, cuyo cadáver fue hallado en un cañaveral en la carretera Temilpa-San Rafael, en Tlaltizapán, Morelos.*

Como dice Antígona, como dice Sara, como dice el instructivo de *Menos Días Aquí: Hay que nombrarlos a todos. Contar inocentes y culpables, sicarios, niños, militares,*

civiles, presidentes municipales, migrantes, vendedores, secuestradores, policías. Contarlos a todos. Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío. El cuerpo de uno de los míos.

No quería ser una Antígona, pero me tocó. Y a los que no nos tocó ¿qué nos queda por hacer? Acallar la velocidad de la violencia con gestos medidos, eso es lo que puede hacer uno. Detenerse. Por completo. Detenerse a enunciar, a nombrar. A contar. Detenerse a escuchar, ante todo. Tomarnos el tiempo de nombrarlos a todos. No importa cuántos sean. No importa quiénes. Se puede nombrar a todos mediante uno, como hace Sara con su Antígona. Uno somos todos.

Se juntan en ciertas plazas públicas del país. Se llaman *Colectivo Fuentes Rojas*. Con hilo rojo bordan los nombres de los muertos sobre tela blanca. A través de pequeñas líneas de tela se aseguran de que queden dictados los hechos. *12 de enero de 2012. Chihuahua, Chih. Un hombre perdió la vida luego de que un par de sujetos le dispararon desde una motocicleta.* Esto se lee en el bordado de Olga y Antonio. En la pausa necesaria que implica el lento gesto del bordado se revelan los detalles, si llevaba tenis color negro, si estaba embarazada, si llevaba falda roja, si iba en camino a visitar a su familia. Ahí se comienza a hacer justicia. En la calma requerida para nombrar. Esto mismo es lo que hace Sara Uribe en *Antígona González*. Nos ha ofrecido una historia que podrían ser todas. El de Sara ha sido un trabajo minucioso, tan minucioso como el bordado del *Colectivo Fuentes Rojas*. Ha utilizado las palabras como hilo para zurcir el dolor. Para alentar la velocidad de la violencia, de la muerte. *Antígona González* nos obliga a detenernos, a tomar una pausa. El espacio en blanco sobre la página, la medida de las palabras certeras, siempre exactas, jamás excesivas, nos permite quedar atónitos antes de pasar a la siguiente página. Nada aquí es exageración ni dramatismo. Es un libro que se puede leer rápido, pero que debe leerse lento. Porque lento, como la palabra precisa, como la caída de las gotas sobre la plancha, como el conteo doloroso, como el bordado pausado, lento es como podremos irnos recomponiendo de esta vejación. ■■